

Indiano caballero es don Dinero.

Los retornados en la negociación de los sexos y el capital en el *xix* español¹

Mauricio Zabalgoitia Herrera

Universidad Nacional Autónoma de México

“Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
Y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero,
*Poderoso caballero
Es don Dinero*”.

Francisco de Quevedo, S. xvii.

“La realidad no necesita que nadie la componga; se compone ella sola”.
Benito Pérez Galdós, *La realidad. Drama en cinco actos* (1892).

Los indianos, la negociación de los sexos y la conciencia imperial

Si pensamos en la noción conciencia imperial es más o menos bien conocido que durante el *siglo xix* las élites sociales, administrativas e intelectuales acometieron una labor de aparente despreocupación ante el pasado y presente del imperio español. A la par, sin embargo, una nueva historiografía al respecto va confeccionándose en los ires y venires del movimiento liberal. Bajo esta idea, basta con acudir a la lectura que Christopher Schmidt-Nowara realiza en su incidente *The Conquest of History* (2006), en donde habla acerca de cómo “[...] the simultaneous destruction and persistence of empire led metropolitan colonial elites to reconsider the origins and consequences of Spanish conquest and colonization” (2006: 1). Así también, de cómo los materiales que conforman un nuevo nacionalismo se

1 Este capítulo de libro se ha escrito con el apoyo de la Fundación Alexander von Humboldt y del Instituto Ibero-Americano (Berlín).

alimentan de relatos ‘construidos’ desde una versión posible de la historia imperial (Schmidt-Nowara 2006: 1). En esta confección nacional, cuyo alimento esencial proviene de diversas huellas y espíritus del imperialismo colonial, destaca la figura del indiano, desde la cual, y en los márgenes, también se le construyen imaginarios de carácter histórico, económico y de género.

En la misma línea, y siguiendo a Schmidt-Nowara, Alda Blanco (2012) asegura que España “[s]i por un lado tiende a desatenderlo, si es que no a borrarlo de la narrativa nacional [al imperio], por otro, figurado por medio de su pérdida, le adscribe un gran valor simbólico” (2012: 19). Y dentro de esta carga de valor proyectada sobre las huellas del pasado –y presente–, de esta catexis imperial a gran escala, el valor simbólico que se les concede a los indianos –reales o representados en papeles o lienzos–, en cuanto a la función que desempeñan en términos de cohesión e identidad social, parte de usos más prácticos que míticos; más funcionales y administrativos que verdaderamente transatlánticos o transculturales; más de una política de administración de nuevos bienes sexuales y comerciales de la modernidad que de una intención de conciliación con el moribundo imperio y sus personajes.

Ahora bien, volviendo al proceso de amplio arraigo temporal, en el que la conciencia imperial aparentemente no constituye ni un tema nacional ni una presencia en los artefactos de la cultura y del Estado, en manifestaciones y movimientos variados e insistentes a lo largo del siglo –muchos de ellos obsesivos–, pensamos que ahí también los indianos tienen una presencia, uso y función notables. Se trata, adelantándonos un tanto, más de mercancías que de sujetos cuya presencia es fundamental en lo que podemos denominar como un ‘liberalismo neo o pos imperial’. Son, podemos decir, a la vez residuos del pasado colonial y conquistador, y recordatorios acerca de que dicha realidad no solo no ha terminado, sino que continúa teniendo una incidencia directa en las vidas peninsulares. Pero esta versión del liberalismo es política en cuanto a que administra y modela formas de ser basadas en formas de hombría, feminidad y familia que han de resultar funcionales. Estas, desde una pugna liberal que modela un nuevo ideal de caballero español, son impuestas a una España desigual en la que se viven diferentes tiempos, desde los textos más incidentes de la cultura, los de la literatura.

La función de los indianos, entonces, como mercancías aparentemente sociales y culturales, traza una relación más que directa con las pautas de

nuevas nociones de comercio y economía. Esto lo hace, principalmente, desde el género, y a la luz de una lógica del capital y el dinero que viene dada, a su vez, desde ese nuevo orden imperial en el que España es dejada fuera por parte de Inglaterra, Francia o Alemania. En fin, que como materializaciones fantasmáticas de lo imperial, los indianos son de lo más constantes e insistentes en los argumentos y relatos del XIX, y poseen un valor de uso y de cambio sin precedentes. Este, en gran parte, se modela y negocia desde lo literario, sea en los lindes de los géneros menores y las expresiones populares y regionales, o en una estrenada alta literatura que viene a fraguarse en la modernización de la novela realista.

Antes de adelantarnos a estas cuestiones, en todo caso vale decir que hay un fantasma que atraviesa al siglo, y se cuela, desde diversas personificaciones, quiebres y discursos por entre esos tiempos diversos que van del *Ancien Régime*, y los modos de producción y gestión premodernos, a las sensibilidades del capitalismo de circulación global. Este fantasma, que aparece en casi cada retrato, relato, foto, carta, afiche o romance no es otro que uno imperial; sea o no visto, escuchado, escrito o leído. Este es, pues, el indiano. Tipo de sujeto desviado y marginal, en la línea que ha trazado Akiko Tsuchiya (2011), practicante de una identidad masculina peligrosa y/o chocante pero fundamental por su riqueza y economía. Poseedor, también, de una sexualidad que desde la literatura y la cultura queda situada en un espacio más allá de los lindes de lo individual femenino y masculino.

A esto hay que sumar el hecho de que se trata de un tiempo en el que se discute, negocia y redefine “[...] la naturaleza de los sexos, sus funciones, aptitudes y destinos, el lugar que cada uno ocupaba en las esferas pública y privada y las relaciones que debían existir entre ellos [...]”, como acertadamente lo ha hecho notar Florencia Peyrou (2011: 150), siguiendo estudios de historiografía y género más o menos recientes (Laqueur 1994; Bolufer 2006, entre otros). Peyrou afirma con contundencia que dentro del remarcado interés que los grupos liberales tuvieron por la naturaleza de los sexos, sus funciones y límites dentro de una nueva noción de España, y a pesar de la diversidad de creencias, estos asumieron de manera casi unánime el discurso de género dominante (Peyrou 2011: 150) —en Europa, se entiende—. A grandes rasgos, que la fisiología de hombres y mujeres determinaba su mente, sus capacidades y sus sentimientos, marcándose así una diferencia insalvable (Peyrou 2011: 150). De este modo, al hombre se le imagina como un individuo libre y racional, con un cuerpo “sexuado pero sin género”, y destacado por su capacidad de iniciativa, acción y reflexión (La-

queur, citado en Peyrou 2011: 150). Resulta, entonces, que su lugar es la “esfera pública”, y su misión en la vida es trabajar, producir y elaborar leyes.

En el otro lado, la mujer es ese “otro” que confirma la individualidad del sujeto masculino (Scott, citado en Peyrou 2011: 150). Además, sus órganos sexuales, y su papel en la reproducción y lactancia, la acercan a la naturaleza y conforman “[...] una psique dominada por la sensibilidad, las emociones y la moralidad”; su lugar es lo privado, el universo familiar y su principal labor la crianza de los hijos y el cuidado del hogar (Scott, citado en Peyrou 2011: 150). En resumen, nos dice la historiadora, acometieron un torniquete entre el discurso del “[...] universalismo del individuo abstracto” y el “universalismo de la diferencia de género” (Espigado, citado en Peyrou 2011: 150). La mujer, pues, ya no era defectuosa frente al varón, sino una suerte de pieza complementaria aunque con funciones bien definidas (Espigado, citado en Peyrou 2011: 150).

Esta cuestión, resumida de forma concisa por Peyrou, a la luz de lo que nos ocupa nos invita a pensar que esta decisión fundamental para la cultura española que nace, y en un acomodo que supone una serie de movimientos y transformaciones en una diversidad de niveles sociales, culturales y económicos, no solo son dejadas fuera, evidentemente, formas de sexualidad y/o género disidentes, rebeldes o marginales, sino versiones de masculinidad, por ejemplo, que a su vez estuvieran fuertemente revestidas de aspectos raciales e imperio-coloniales. Vamos, ¿qué dónde queda la masculinidad indiana en este entramado? ¿Qué funciones cumple dentro de lo privado y lo público? ¿Y cuáles son las labores —familiares o profesionales— que le toca desempeñar? Para responder debemos redefinir al indiano en el seno del torbellino liberal de los sexos y el género.

Del mito indiano a la función de los retornados

Indiano es el nombre que recibieron los emigrantes españoles que viajaron a América, lo que se denominó “hacer las Américas”, y que posteriormente retornaron. Muchas veces lo hicieron ricos, o por lo menos eso establecen cientos de argumentos teatrales —desde el siglo xvi—, de relatos y finalmente novelas en la segunda mitad del siglo xix. La insistente repetición de este hecho terminó conformando un mito, según nos dicen los pocos estudios formales acerca de estos sujetos imperiales en la cultura española. Dicho

mito provendría de la suma del motivo literario y el imaginario vertido alrededor de dichos ‘personajes’.²

Este imaginario, el principal de todos, plantea desde diversas variantes una cuestión sobre un tipo de español —en su periplo nunca deja de serlo, borrándose casi siempre lo regional— pleno de riqueza, y deseoso no solo de volver al paraíso perdido y mejorarlo, enriquecerlo, sino de encontrar el amor, recuperar los sabores de la patria añorada y, finalmente, el descanso, la paz y la dicha. Su experiencia en América, sea el Perú, México o cualquier otra geografía, es casi siempre borrada, si no es que rápidamente esbozada para dar cuenta de las penurias y arduas labores que el indiano tuvo que pasar hasta enriquecerse y volver. Aunque ya esta tipología social y cultural había alcanzado una presencia notable durante el Siglo de Oro en la literatura. En esa época, de hecho, se convierte en un tópico literario del teatro áureo. Además se mantiene como un bien cultural de las letras (y las artes) durante el siglo XVIII, adquiriendo una función importante y renovada, durante el siglo XIX. Así, en dos versiones nada similares, finalmente, este es el tipo de indiano que encarna don Álvaro en la famosa obra del duque de Rivas (1830/1835), o el célebre indiano asturiano de “Boroña” (1893) de Clarín.

Los destinos que visitaron estos emigrantes fueron, principalmente, Brasil, Cuba, Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela y México. Y como en todo proceso migratorio muchas veces acudieron reclamados por familiares que ya estaban instalados en las colonias o nacientes países. Esto se sigue dando hasta bien entrado el siglo XX y más durante o después de la Guerra Civil. Su actividad comercial en las Américas resultó, a veces, en prósperos negocios relacionados con la explotación del café, azúcar o algodón, sobre todo. En México, en comercios de “ultramarinos”, de ahí que aún hoy en día sobreviva la imagen de la tienda de barrio atendida por algún español, casi siempre Gallego en la imaginaria coloquial, y con una

2 Es en el ámbito de las ciencias sociales y una nueva historiografía (bastante reciente) en donde la “migración de retorno” ha causado mayor interés y estudios formales, si bien estos resultan todavía insuficientes. Así lo ve Xosé Núñez Seixas, quien en un importante y revelador estudio (2015) expresa que la pregunta básica sobre este fenómeno es si “¿Fueron los retornados un factor de innovación y modernización, o por el contrario de reacción y estancamiento, para sus países de origen?” (Núñez Seixas 2015: 81). Esta cuestión, pensamos, conlleva lo que ya fomentó que en el siglo XIX literaturas y otras expresiones culturales reificaran, controlaran y ocultaran el poder y alcance indiano. Estudios recientes se preguntan, así, por aquello que diversos aparatos políticos e ideológicos ya se cuestionaron en su momento, en el XIX, y a partir de lo cual decidieron actuar.

representación estereotípica muy marcada y afectada por ciertos tópicos españolistas. Muchos de estos, precisamente, se estaban gestando en la literatura decimonónica peninsular.

En un primer término, lo que resulta más llamativo es el hecho de que dichos sujetos, y más a la hora de convertirse en piezas de los entramados literarios, no sean concebidos como el resultado de una experiencia imperial o colonial en sí. Es decir, aun cuando los argumentos se sitúen en un momento de vigencia de posesión de las colonias, e incluso de aparente bonanza imperial, los indianos no dejan de ser españoles migrantes con capacidad de retorno. Sujetos altamente resistentes a la diferencia cultural, al Nuevo Mundo, la mayoría de las veces. Otras, en cambio, y depende de con qué fines se narre la historia indiana en cuestión, el indiano, si bien sigue siendo español en esencia, puede haber sufrido contaminaciones; estas van de lo físico a lo moral, pero pasando siempre por la expresión de lo económico. De hecho, es la parte económica de los indianos la que constituye un problema en la cultura del *xix* y la que representa un tema de estudio en el *xxi*. Así lo expresa con claridad Núñez Seixas, explicando cómo es el “impacto económico” el factor en el que mayores avances ha logrado la historiografía como aspecto ligado a las remesas (2015: 97). Sobre esto volveremos. En todo caso, vale insistir en que no ha sido así en la historiografía literaria.

Ahora bien, aparte queda, en muchas ocasiones, la nombrada cuestión regional, que como es sabido, todavía en el *siglo xix* nos habla de una nada homogénea concepción nacional. Esto es: no hay pruebas de que estos sujetos, más allá de la historiografía posimperial, que tardíamente y mal los recoge, se sintieran españoles. Y la enorme presencia que tienen en obras menores, y de carácter regional, en todo caso habla de una sublimación de lo local en términos de lo gallego, lo canario, lo asturiano o lo cántabro; regiones, estas, que experimentaron la indianidad migratoria con mucha mayor fuerza. De hecho, como lo argumenta ampliamente Núñez Seixas (2015), la experiencia de ida y vuelta que marcaba al sujeto retornado —ser indiano, pues, era ser hombre ante todo—, se extendía a sus descendientes, estableciéndose así una diferencia de raza y clase en las zonas nombradas; una suerte de linaje que, incluso, se reivindica a lo largo del *siglo xx*. En este proceso participan, y tras el desastre del 98, autores ya inmersos en una idea, aunque fuera vaga, de ‘alta cultura’ española; estos son hijos o nietos de indianos, como Machado, Maetzu o Unamuno.

Pero no siempre el indiano fue visto como un tipo respetable, a pesar de haberse convertido en una figura de gran importancia, sobre todo en zonas rurales o de provincia. Esta segunda variante, mucho más instrumental, si cabe, dentro de experiencia ficcional decimonónica, reitera un extremo 'otro' del retornado. Trata acerca de un carácter áspero, asalvajado por la experiencia exótica americana, normalmente tacaño y amenazante del orden social, político y moral en más de un modo. Esta versión más extrema de los retornados se da desde un proceso de degradación que no es exclusivo a la literatura culta, y que queda cifrado en los cuadros de costumbres como ejemplo más notorio de un quehacer cultural conservador y popular.³ Pero también puede percibirse con transparencia en la obra del cántabro José María Pereda (1833-1906), por ejemplo. En sus relatos y numerosas novelas regionalistas no solo hay indianos en prácticamente todos los argumentos, sino que estos, si bien al inicio son tratados con cierto respeto y como una opción modernizante del contexto montañés, después de los acontecimientos de la Gloriosa (Revolución de 1868) son concebidos en su obra como sujetos advenedizos, no confiables y de poco fiar en sus intenciones. En muchos casos son francamente crueles y viles; esta opción exagerada cruza el siglo y llega hasta *Tirano Banderas* (1926) de Ramón del Valle Inclán. En una versión intermedia muchos de los indianos vuelven pobres, acabados y cansados. Esta opción es la predilecta en relatos (sobre todo rurales), como algunos de los de Pardo Bazán y Clarín.

En un extremo u otro, entonces, ¿hay o no una conciencia imperial en la cultura del xix? ¿Y en su literatura? Más que de una conciencia, podríamos hablar, casi, de una obsesión por sus fantasmas y restos. En todo caso, sea en la variante del indiano noble y nostálgico o en la del cruel y ruin enriquecido, su presencia resulta tan amenazante como reafirmadora de

3 En el seno del costumbrismo conservador –y españolista– del xix emergen los llamados “cuadros de costumbres” o “artículos de costumbres”. Margarita Ucelay, en un estudio descriptivo ya los define como: “[...] pintura filosófica o festiva y satírica de las costumbres populares, o en un sentido más amplio, la pintura moral de la sociedad” (1951: 21). Se escribieron grandes compilaciones colectivas de artículos de este género que describían tipos y profesiones populares, como *Los españoles pintados por sí mismos* (VV.AA., 1843-1844, Madrid: Ignacio Boix), en dos volúmenes, reimpresos en uno solo en 1851. Este gozó de enorme popularidad y tuvo una segunda versión en 1886: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos* (VV.AA., Madrid: Juan Pons). En ambas colecciones hubo una entrada dedicada al “Indiano”. En el dinámico estudio de Mary L. Coffey (2007) puede apreciarse el proceso de degradación de la figura del indiano, y que es el que tendrá, sin duda, un enorme calado en la literatura: de noble hijo de la patria a ruin y tacaño payaso ataviado con lujos coloniales.

los discursos de género impuestos y protegidos por los bastiones liberales. En cualquiera de los casos, la representación literaria o teatral del indiano nunca es desinteresada, es decir, como un simple reflejo de la experiencia española durante la colonia y administración de las tierras o la profunda transformación posterior a su pérdida. La recurrencia a estos sujetos, desde el siglo xvi, tiene usos políticos, administrativos y constructores de una hegemonía masculina, de acuerdo a la conocida propuesta de Connell (1995). En el caso español, se trata de los roles, atributos, prácticas y funciones que resultan de la negociación entre élites liberales y democráticas, ante todo, y que definen al nuevo caballero.

En todo caso, a la cultura española en formación, si es que proviene de propuestas centrales de configuración de cultura nacional, como el costumbrismo promovido desde Madrid en los mencionados cuadros de costumbres, o si es que surge de las expresiones regionales —muchas de estas también con afanes nacionales—, el núcleo de la experiencia indiana solo parte de un punto: el mencionado retorno al lugar de origen. Este, se supone siempre, permanece idealizado en la conciencia de los migrados, a pesar de la pobreza de la que habían huido. Y en esta vuelta los ricos —e incluso los no tanto— hacen gala de un poder inigualable: el de la posesión de bienes y tierras, por supuesto, pero sobre todo de dinero circulante.

Ahora, según Núñez Seixas, y en una versión histórica reciente que contradice los mitos que sobreviven desde el Siglo de Oro y cristalizan en el xix, las remesas y fortunas de los retornados en todo caso pueden verse como “éxitos relativos”; como una

[...] acumulación suficiente de ahorros para modernizar la explotación campesina familiar, convertirse en mediano propietario más o menos emprendedor, abandonar el trabajo manual y poder contratar jornaleros, instalar una tienda o un pequeño comercio, etcétera” (Núñez Seixas 2015: 99).

Asimismo, parece que su conducta económica no se diferenció en gran medida de la de sus coetáneos burgueses locales. Esto ha llamado la atención, incluso, como proceso de “burguesización” (Crossick/Haupt, citado en Núñez Seixas 2015: 100); sin embargo, no es así en una literatura de la segunda mitad del siglo xix, que más que nada limita, censura y niega dicho aburguesamiento de los indianos; ¿será, pues, que lo que ocultan estos textos es, precisamente, dicha realidad? En lo que sí hay consenso entre los pocos estudios literarios y los historiográficos es en una cuestión clave: “[...] la paradoja de los retornados [es que] no existen tanto como grupo

social consciente, sino como realidad construida desde fuera” (Crossick/Haupt en Núñez Seixas 2014: 100).

De este modo, una subjetividad que debería ser modernizante y transformadora, ya que cita en su seno la dinamización del mundo a través de formas de ser y estar híbridas, múltiples, transculturales..., se transforma en un elemento al servicio del discurso que terminará por reinar en las pugnas políticas: las del liberalismo conservador. Este uso del indiano al servicio de una causa ideológica –en tanto que no se presta al consenso social– se encuentra con mucha fuerza en el don Álvaro del duque de Rivas, así como una idea de hombría y feminidad, igualmente conservadoras, lo están en el don Juan de Zorrilla (1844). El teatro romántico, como es sabido, con su performance modela el mundo español por venir.

Volviendo a los indianos, con las fortunas acumuladas en América construyeron pequeños palacios con signos de su pasado exótico y aventurero; y se buscaron un lugar en la sociedad adquiriendo títulos de nobleza. De esto sí dan cuenta las historias locales –y algunas de sus literaturas–. Es desde la vía comercial más notoria, la de las transacciones y adquisición de bienes, en donde los indianos ‘reales’, llamémoslos así, adquieren una presencia material, y dejan una huella no fantasmática o no puramente instrumental para los fines de las élites. Ésta es una versión de los indianos que adquiere una notoria presencia en ese teatro romántico español, en la primera mitad del siglo XIX, como hemos dicho; y posteriormente en relatos y novelas naturalistas y realistas, hacia la segunda mitad.

Finalmente, en esta primera aproximación podemos ligar dos cuestiones que Núñez Seixas establece como fundamentales con las líneas de lectura que hasta aquí hemos expuesto. La primera tiene que ver con ese lugar común del indiano que la literatura y la cultura del XIX promueven como una labor máxima de modelización de la realidad española. Para el historiador:

[m]ás allá de la descripción pseudocostumbrista de las formas de vestir, los atuendos más o menos exóticos de los indianos, su lenguaje pintoresco mezcla de americanismos con el idioma y/o los dialectos [y lenguas] locales, la introducción de recetas culinarias trasplantadas de otras latitudes [...] cabe preguntarse por la base de veracidad real, o cuando menos de verosimilitud socialmente operativa, de esos arquetipos icónicos recurrentes del retornado indiano: ¿Hasta qué punto existen imágenes preconcebidas que datan ya de la comedia clásica del Siglo de Oro –el indiano, símbolo de la decadencia de España, ataviado con exóticos atributos, entre los cuales ya aparece el papagayo? (Núñez Seixas 2015: 100).

Otra cuestión que también fue borrada en diversas expresiones culturales trata acerca de lo que diversos estudios habrían venido demostrando desde los “nuevos hábitos de consumo” que trajeron consigo, lo que es que “[...] los retornados también introdujeron en ámbitos rurales y semiurbanos una mayor preocupación por el civismo, por la erradicación de costumbres rurales consideradas antimodernas; y contribuyeron, más allá de su alineación política y sus fluctuaciones, a una mayor articulación de la sociedad civil” (Núñez Seixas 2014: 101).

En primer término, entonces, parece que los indianos no adquieren un espacio de enunciación propio en las letras y artes del siglo XIX. Son siempre representados y retratados por sujetos metropolitanos o provincianos de élites letradas españolas o regionales. A este respecto, pareciera que su relación con un pasado imperial y colonial próspero, y un presente de pérdida y decadencia, los imposibilita para adquirir un espacio verdadero de habla. Este, de hecho, les es negado.

A esto debemos agregar que, a diferencia de otras literaturas coloniales, como las de América Latina, no se da una transculturación (Rama) ni verdadera ni simulada. Aunque con esto, claro, no debemos generalizar, ya que nada tienen que ver los indianos de Pereda y novelas regionalistas, o incluso los de Pardo Bazán y Clarín, con una idea indiana —y práctica de indianidad, incluso— en Eva Canel, por poner un ejemplo de un dinamismo transatlántico un tanto más certero. Aunque, eso sí, en la mayoría de los casos, su lugar y posición en la naciente cultura española se da desde la representación, con lo cual recuerdan a los indigenismos de las Américas emancipadas, en donde las vidas y conciencias indígenas son secuestradas y administradas por las élites criollomestizas en posiciones de poder.

De acuerdo con esto último, grandes novelas realistas con presencias indianas, como *La Regenta* o *Su único hijo* (Leopoldo Alas, ‘Clarín’), *Lo prohibido* y *Tormento* (Benito Pérez Galdós) o los relatos que van del naturalismo al realismo en la Galicia de Pardo Bazán, “El voto”, “Saletita” o “Las medias rojas”, bien pueden considerarse como una suerte de literatura “indianista”, más no como literatura “indiana”, aunque ni una ni otra opción están reconocidas dentro de la historia de la literatura española. A este respecto, dice Jo Labanyi (2000) que el verdadero sentido de la literatura realista es advertir que de lo que va la modernidad es de “representación”. Y podemos agregar: de unos hablando por otros o sobre otros, retratándolos; cancelando, en verdad, toda agencia o expresión democrática. Curiosamente, de esto habla *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1851 y

1852) de Marx, un texto concebido y escrito al mismo tiempo que estas novelas y relatos.

Los indianos en los géneros menores, en la literatura regional y en la popular

Ya antes nos hemos preguntado el por qué a pesar de la existencia, y una presencia constante e insistente de indianos en una diversidad de géneros de literatura española del xix, estos han quedado completamente excluidos de las áreas temáticas que estructuran tanto al canon oficial como espacios alternos de representación. Igualmente, y a pesar del interés que han suscitado algunas literaturas de exilios, principalmente del siglo xx, la literatura con presencia indiana tampoco forma parte directa de una no tan antigua noción de “literatura de la emigración española”.⁴

Ahora bien, más allá de cuestiones de omisión u obviada relacionadas con mecanismos de identidad cultural y nacional, el indiano tuvo una remarcada presencia en un género ‘menor’ del siglo: el relato. Así también en novelas provincianas o literaturas de carácter popular. Estos soportes sin duda tuvieron una penetración mucho mayor en élites no solo madrileñas, sino en las capitales de provincias y en grupos lectores, sobre todo femeninos, que constituyeron redes de instrucción y cultura desde una burguesía lectora minoritaria pero capaz de incidir en determinados ámbitos de lo social o lo político.

Los indianos de estas tramas, alejadas de las camisas de fuerza del teatro romántico o de las novelas realistas y naturalistas, fueron abordados en dos momentos muy distintos de su experiencia, según expresa Ignacio Gracia: en el de su partida, descrita con un sentimentalismo exacerbado, con las imágenes inmutables del chiquillo que se despidе desde la cubierta

4 Si bien en las ciencias sociales el tema de la emigración decimonónica ha suscitado una diversidad de estudios y enfoques, muchos de estos causando gran calado en las historiografías hispánicas; y por otra parte en los estudios culturales, sobre todo en lengua inglesa, los sujetos migrados, migrantes y retornados han venido apareciendo como un tema desde cual estudiar transformaciones y dinimizaciones culturales, en los estudios sobre literatura española sigue habiendo pocos monográficos centrados de forma global en el tema. Por ende, los indianos y su paso por los mundos de ficción españoles poca presencia tienen en este universo. Cabe destacar el trabajo de María P. Tajés (2006), en el que sí que se presenta la cuestión indiana y además se reconoce el papel de las minorías regionales en los modos de significación de literaturas no canónicas.

del velero que lo llevará a las Indias, con los calzones remendados y la maleta de cartón o madera, y la madre llorando en el muelle (Gracia 2010); y en el del regreso, cuando vuelve cargado de dinero, bienes y achaques. A su retorno, muchas de las veces —a excepción de conocidos textos, como “Boroña” (1893) de Clarín—, se le presenta con un humorismo exagerado, como a un personaje grotesco de sainete o *vaudeville*, que se casa casi siempre con una jovencita de su aldea, a veces, incluso, su sobrina (Gracia 2010).

En todo caso, y más allá de las variantes narrativas controladas sobre la indianidad retornada, una vez más la parte americana de su biografía no interesa. Para Gracia, la posible explicación es que en la representación realista española no importan las aventuras ni los hombres de acción; lo suyo era la mojigata sociedad de provincias o el mundo de las pensiones y de las casas aristocráticas de Madrid. E incluso Pérez Galdós no es capaz de liberarse de los personajes de sainete en una serie necesariamente épica como los “Episodios nacionales” (Gracia 2010: s.p.). En consecuencia, el indiano aparece como un personaje tangencial, aunque constante, recibiendo normalmente un tratamiento satírico, cuando no agresivo, como es el caso de *Tirano Banderas* (1926) de Ramón del Valle Inclán, donde Peredita es ya un usurero sin entrañas (Gracia 2010). Pero ya en la segunda década del siglo xx la novela va por otros caminos; y Valle-Inclán, según el consenso crítico, hace una radiografía esperpéntica de una España postimperial y en un conflictivo proceso de modernización. Gracia nos recuerda, además, cómo el indiano en las novelas de asturianos habitualmente ya está de vuelta, como en las historias de Armando Palacio Valdés, en donde la su presencia fue variando: de vividor a bondadoso constructor de una nueva Asturias (Gracia 2010). Un buen ejemplo es el hidalgo de la novela del cántabro José María Pereda, *Blasones y talegas* (1871), quien acepta, tras un proceso de dudas y reticencias, que su sobrina se case con un indiano. Don Armando descubre así que el dinero no es tan malo, aunque quien lo aporta no lo haya adquirido por herencia (Gracia 2010).

En cualquiera de los casos, y sea en una versión que cosifica una bondad idealizada o la ruin tacañería, la energía del ser indiano es la del capital, una vez más; y su presencia lo que pone en tela de juicio son esos valores de consanguineidad y pertenencia de la tierra que sobreviven como las estructuras más sólidas del Antiguo Régimen, aunque en un innegable momento de dinamización de las fuerzas modernizantes.

Estas fuerzas, en términos de género, emanan de la aparente liberación social que surge con espejismos sobre el entramado social tras la abolición de las leyes suntuarias. Además, ponen sobre la mesa preguntas acerca del hombre y la mujer en términos no solo de un relato nacional, sino de una negociación de su ideal y funciones bajo los límites del discurso de la diferencia y una peligrosa confusión de clase que es vista como amenaza en autores bien situados en la cultura española: Larra, Pérez Galdós, Mesoneros, Pardo Bazán... Todos, de una manera u otra, tematizan el peligro de la confusión de clases a partir de la de género (McKinney 2012: 82). Más allá del realismo y la penetración del costumbrismo (sobre lo que volveremos) en este entramado pesamos que los géneros menores y las novelas regionales igualmente reaccionan, teniendo el indiano funciones bien específicas a este respecto.

Cabe decir que hubo incorporaciones de los retornados de las Américas mucho más astutas, percibiéndolos más como una fuerza económica 'en sí' que como personajes acartonados, cuyas máscaras escondían, igualmente, bienes y dinero circulante. Una de estas, sin duda, es la de Eva Canel. En su novela *El indiano* (1894), que sobresale frente otras de plumas masculinas y carácter regional, este se casa con una marquesa y el 'contrato social' se muestra como el tema principal de la novela, acaso sin intención de ser revestido bajo cuestiones de amor, matrimonio o aspectos de honor y caballería, sin duda todavía vigentes desde el no tan lejano Romanticismo. En la trama de Canel, el valor de uso y de cambio de lo indiano supone la búsqueda de armonía entre el ascenso social para la figura masculina entre dos mundos y el desahogo económico para la noble española. Pero, como hemos dicho, el caso de Canel es único y destacado. Ella misma es una figura múltiple y capaz de escribir desde las orillas de varios mundos a la vez; es española, viajera e indiana. Y a diferencia de los varones montañeses, que ven en la escritura un medio para defender parcelas de poder patriarcales y tradicionales, ella escribe desde los centros más cosmopolitas de la América hispánica.

Como tipologías de una segunda mitad de siglo en la que lo regional se está adaptando a los discursos centrales y prestigiados del liberalismo, y por ende también a los de un nuevo orden imperial mundial, los relatos y novelas de las regiones del norte de España con altos niveles de presencias indianas no se sitúan fuera de la negociación de una serie de discursos en pugna por cierta hegemonía. Entre estos está, claro, la de una posible idea de masculinidad capaz de funcionar como la medida administrativa de

aldeas, pueblos y ciudades; como la de una idea de vida española que si bien solo debía o podía ser practicada por cierta burguesía de clase media, también podía funcionar como un elemento de cohesión y control social.

De ahí, entonces, que el indiano fuera primero concebido como un elemento acartonado pero modernizante en cuanto a la apariencia que debía tener un hombre español interiorizado –y aquí lo pensamos en los contextos rurales y pueblerinos–. Por ello, en los primeros argumentos de novelas como las de Pereda estos destacan por su elegancia y hombría. Y de ahí, también, que tras los acontecimientos del sexenio democrático estos mismos elementos, ahora externalizados, resaltarán por un exceso llamativo que ponía en peligro los valores del hombre bueno –y de campo– de España; o del nuevo caballero democrático, incluso.

En términos de hegemonía masculina es Collin McKinney⁵ quien más hondamente ha estudiado el papel de la apariencia masculina en la negociación decimonónica de los sexos y el género, y desde el ascenso del traje negro como emblema del hombre español. Si bien el estudio de McKinney está sobre todo centrado en el ambiente urbano de un Madrid representado por Pérez Galdós, también toma en cuenta una rica variedad de discursos tanto externos como cercanos a este penetrante universo. En este punto nos sirve traerlo a colación porque, como hemos insistido, las expresiones periféricas igualmente se están negociando con y sobre esos mismos discursos. De ahí, si no, que construyan con tanto esmero un tipo de masculinidad vigente y delimitada. Junto con la del colonizador, el don Juan o el soldado, que a McKinney (2012: 89) le sirven para contrastar al “hombre de negro” de la burguesía española, el indiano se presenta como medida paradójica: primero se alaba y después se repudia. Este mismo proceso de degradación ha sido estudiado por Mary L. Coffey (2007) en los cuadros de costumbres. En el fondo de uno y otro lo que subyace es el poder cultural como poder económico.

A este respecto, en los géneros menores, en el paso del siglo XIX al XX, hay un cambio interesante. Comienzan a aparecer indianos cultos, refinados, conocedores de letras y artes. Y también destaca cómo el símbolo del lujo ya no es la ropa o el reloj, sino el automóvil. Esto nos lo recuerda, también, Gracia (2010), quien en la crónica de lo indiano que aquí hemos

5 En este mismo volumen se publica una versión traducida y actualizada del representativo artículo de McKinney sobre vestimenta y masculinidad: “Men in Black: Fashioning Masculinity in Nineteenth-Century Spain” (2012).

venido citando parece terminar de contribuir a esa revalorización regional del indiano bajo la forma de un bien local.

Economía del indiano: de los relatos de provincia a la representación realista

También hay indianos en relatos que son proferidos desde versiones de escritura, que aunque regionales, ya comienzan a configurar una noción de “alta literatura” a pesar de lo periférico. De hecho, con la modernización nacional y regional que se ejerce desde la pretensión realista de representación de lo español también se impulsa la construcción del canon; y este, como todos, tiene por finalidad establecer una continuidad histórica, simulando que lo español trata acerca de una cultura diversa pero homogénea; dispar pero cohesionada. Lo indiano en este proceso vuelve a ser instancia presta a la unificación.

Se fabrica, entonces, una tradición nacional que se ensaya, fabula e imagina. Esto lo sabemos bien por la penetrante definición de Benedict Anderson (1983), una que privilegia en el ascenso moderno un movimiento para suprimir los supuestos del derecho divino de los reyes y, por ende, cimbrar a la monarquía absoluta. Anderson sitúa este impulso desde el siglo xvii, y lo ve como una reacción de los Estado-nación a los movimientos ultramarinos y las dinimizaciones capitales que trajo consigo la experiencia colonial americana. Curiosamente, este movimiento en España se da tarde y una vez superado su papel más que protagonista en dicho proceso. Así, si Anderson argumenta que el nacionalismo en verdad surge como reacción a la expansión colonial, y como imitación-reacción europea a las nacientes naciones americanas, si lo que hoy se conoce como España se había mantenido en un tiempo en la que el Estado aún se cifraba en los vaivenes de lo absoluto, es con el retorno de figuras netamente imperio-coloniales que reacciona ante el tiempo de modernización contemporáneo —entre otros factores, claro—. Esto explica de manera un tanto más justa el hecho de que las figuras masculinizantes indianas estén en la gran mayoría de argumentos ficcionales, aunque la historiografía española los percibiera como algo completamente tangencial.

Ahora bien, nos hemos referido a los indianos como “figuras masculinizantes”. Con esto lo que queremos expresar es que no solo la experiencia de los retornados se reduce al ámbito masculino, sino que su acartonada

pero segura presencia en un alto porcentaje de argumentos además cumple con la función de masculinizar a esa probable e ‘imaginada’ comunidad nacional española. Esto puede hacerlo tanto en una versión de admiración en la que la hombría se suma a una pulcritud masculina casi bruta, o desde la otra orilla, como una exageración grotesca de lo masculino, los lujos y sus poderes de adquisición y consumo. Agustín Caballero y Frutos Redondo, dos conocidos indianos del realismo-naturalismo, funcionan como dos polos de una misma entidad con una participación controlada.

En términos de género, casi podemos asegurar que funcionan los dos personajes como recordatorios, sea de un ideal masculino arcaico o de la corrupción de este por el atrayente pero peligroso poder del capital circulante. El viejo miedo de la feminización de España que emana desde el inicio de la empresa colonial en América —cuestión que Cartagena (2008) estudia con precisión— resurge en la segunda mitad del *xix*. Participan los retornados, así, en una construcción nacional idealizada, pero también en una idea de ‘realidad’ española que busca establecer sus propias normas, aunque poniendo el acento en las posibles desviaciones de las mismas.

A este respecto, el ya mencionado trabajo de Akiko Tsuchiya (2011) acerca de los sujetos marginales que pueblan las representaciones del naturalismo y realismo, parte de la idea, precisamente, de que la ambivalencia entre lo normativo y lo desviado resulta obsesiva para los autores de la Restauración, ya que lo que se busca son nuevos mecanismos de definición y control social. Y si bien esta autora no hace referencia directa a la masculinidad indiana, sí que construye el circo de los desviados decimonónicos en los mundos en los que los indianos recuerdan esas dos caras del ser hombre: o áspero caballero o ruin payaso. El efecto de nación que construyen el naturalismo y realismo, de este modo, se da desde una taxonomía de todo aquello que rompe con los lazos invisibles de una España cohesionada y sana, o “saneada”, en términos no ya políticos, sino económicos y de género; las dos piedras en el zapato del fin de siglo.

De este modo, no dejan de resaltar y normativizar, como instancias de control, a los y las “[...] madmen and madwomen, prostitutes, adulteresses, beggars, vagrants, or hysterics” que abundan en las páginas de la ficción realista de Pérez Galdós, Clarín, Pardo Bazán y Palacio Valdés (Tsuchiya 2011: 13), por nombrar solo a los del corpus de Tsuchiya. Bajo la misma lógica, igual podemos presentar la simplificación de los indianos tras el tamiz del costumbrismo y los regionalismos frente a los “[e]mascu-

lated and feminized men who challenge normative masculinity” y “are also abundant” (Tsuchiya 2011: 13).

Ferrán Archilés ha destacado el entrecruce de la ficción –en buena parte realista– de la Restauración con un movimiento de confección nacional de amplio rango, insistiendo en cómo más allá de una narrativa que la hace auto percibirse como un periodo de estabilidad política, en verdad hay una lucha enorme entre diversas tensiones; entre la modernización y el peso del pasado y sus tradiciones (2006: 162). Imaginemos, entonces, cómo entre esas fuerzas enfrentadas, lo indiano y sus manifestaciones, a la vez económicas y de género, representan una cosificación funcional en los mundos de ficción, pero una amenaza, por otra parte, de carne y hueso en el mundo real. Y así debieron percibirlo tanto las fuerzas constructoras de una nueva historiografía nacional –con una doble moral imperial– como los autores de ficción, que desde las alejadas regiones rurales o en las capitales, practicaron una y otra vez eso de reificar severamente a los retornados. Ya advertía Marx en la introducción a *El Capital* que no olvidáramos el valor relacional del valor de cambio: este se da siempre ‘respecto a’ algo o ‘en relación con’ algo (1964: XII). El valor de uso/cambio de los indios no es intrínseco, sino que deriva del proceso social en el que se les inserta –el de la nación–, y de acuerdo a las horas de trabajo escritural-ficcional que se invierte en ellos como productos intercambiables. De ahí su encarcelamiento en los lindes de la representación.

Ahora, como ha mostrado con certeza Jo Labanyi, el movimiento nacionalizante es evidente que tiene entre sus objetivos el confeccionar ciudadanos. De ahí que se de en España un entrecruce curioso entre una sublimación de lo rural y una exacerbación del ámbito familiar, aunque en el seno de la implantación del libre mercado (Labanyi 2000: 1). Es decir, una yuxtaposición entre bienes simbolizados de lo antiguo y el eje fundamental del triunfo burgués. En ambos casos, en la metrópoli o la periferia, de lo que se trata es de confeccionar un individualismo funcional que reditúe en términos económicos. Así, el paso de lo colectivo a lo individual, que en otras sociedades se había dado tiempo atrás, coincide en España con otro cambio fundamental: el paso de una versión de capitalismo a otra. De la economía de acumulación (de tierras, de bienes, de títulos, de sujetos, de sangre...) al paso de la circulación del capital, como hemos venido contraponiendo con los diversos fenómenos que actúan como manifestaciones de expresión artística e identitaria, siendo, más bien, elementos destacadísimos de instauración de un nuevo sistema de mercado. Ahora, dentro de

las tramas, son los indianos los mejores –y a veces únicos– poseedores de ese nuevo don del capitalismo, de ese nuevo ‘super poder’.

Pero este no es un problema que se presente aislado y que pueda resolverse en el seno de un tejido social uniforme y estable. Cuando con la ayuda de algunos trabajos que han ligado ficción y género en la segunda mitad del XIX hemos reconstruido un horizonte problemático, este en cuestiones de lo masculino, lo femenino y su papel se liga directamente a la enorme ansiedad que aqueja a España desde:

[c]hanging women's roles, the collapse of the opposition between the private and the public, and the potential for new spaces of female subjectivity and agency naturally led to anxieties about male subjectivity, as normative notions of bourgeois, heterosexual masculinity were being challenged by women who deviated the norms of femininity (Tsuchiya 2011: 112).

En este panorama, los hombres retornados tenían que ser conducidos y usados como mejor conviniera.

Si traemos a colación el mencionado relato “Boroña” (1893) de Clarín, ahí el Indiano vuelve a Asturias rico pero enfermo, poseído por el recuerdo de la boroña, esas tortitas de maíz que su madre le daba de pequeño. Como figura impregnada de alguna versión de género, el hombre, a pesar del notorio valor de sus prendas y complementos, y de los objetos que lo rodean (automóvil, baúles de cuero, relojes...) no deja de ser un remedo de lo que fue: un sano joven asturiano que partió para México. Como versión de masculinidad el sexo le es más bien borrado en pos de otro de los discursos vigentes en la España de fin de siglo: el de la enfermedad. Así, el indiano es presentado como un “hombre flaco, de color aceituna, todo huesos mal avenidos” y feminizado por su “terno claro, de verano”, “traje de buena tela, cortado en París”, pero que no le “sentaba bien al pobre indiano, cargado de dinero y con el hígado hecho trizas” (Clarín 1989: 210-211). Negado su poder sexual, entonces, es puesto sobre la mesa un poder otro, el económico. Lo que se narra no es tanto un retorno nostálgico y trágico por la imposibilidad de vuelta al paraíso infantil perdido, sino el empeño que sus amargados y ambiciosos parientes invierten en hacerle morir, emulando la conocida descripción biopolítica de Foucault, para quedarse con sus bienes.

Es así que cuando decimos que en España el paso de una lógica capitalista a otra se está dando tarde, no lo hacemos en términos maniqueos –una idea de imperio frente a otra–. Lo que los relatos más urgentes, y

antes que la novela, tienen intención de filtrar es la realidad más real –y más a mano–, y lo que están percibiendo, y por ende narrando, es ese paso de una realidad a otra. Esto aún en tramas tan sencillas como la de “Bo-roña”, en donde el paso de la idealización nacional del indiano al hambre transformadora de los parientes se da sin mucha elegancia. En términos de una masculinidad amenazada, en este relato se muestra una vuelca de tuerca más entre las fuerzas, a la vez amenazantes y modernizantes, que confluyen; el idiano, más allá de los dos polos de masculinidad exacerbados por el costumbrismo es también un cuerpo enfermo y asexuado al que hay que hacer morir. Su valor de uso está en lo que posee y como hombre el único mensaje que emite es el del peligro de abandonar la áspera España.

En otro caso, en el triste, violento y dramático –y por ello célebre– “Las medias rojas” (1973 [1911]) de Pardo Bazán, el hecho indiano no se ha dado aún, y es el acto sanguinario de un padre el que lo impide. Un hombre de campo ve que su hija se ha comprado unas medias nuevas; este hecho lo lleva a enloquecer y a golpearla brutalmente hasta dejarla tuerta. Con el pretexto de acusarla de vanidosa y de “cascos ligeros”, acaba con la fuente de su verdadero miedo: el sueño de la niña, ya que lo que alimenta su vida es el viaje a América para conocer otro mundo y la riqueza. El padre la prefiere maltrecha que migrada, y aquí estamos ante la negación al cambio; ante una naturaleza rural, patriarcal, y por ello arcaica y bruta, que se erige como fuerza todavía reinante en el seno de un mundo que se dinamiza un tanto a la fuerza. En este, la mujer, como amenaza, podía funcionar como instancia renovadora.

Sin embargo, dejando fuera la conflictiva cuestión femenina cifrada en este conocido relato, y pensando en términos de una migración indiana truncada –la única que involucra a un personaje femenino en este breve corpus–, hay un mensaje de Pardo Bazán que, creemos, tiene que ver un tanto más con una de las pugnas liberales vigentes en las últimas décadas del siglo anterior. Este se relaciona directamente, una vez más, con la negociación de los sexos y la instauración de esa nueva hegemonía masculina. Se trata de una cierta urgencia por modernizar los espacios rurales alejados de la metrópoli en los que el hombre, a pesar de su esencia social, si se encontraba “[a]islado y solitario no solo se encontraba desarmado, sino que se corrompía, devenía ‘egoísta y generalmente misántropo y duro de corazón’” (Peyrou 2011: 154). A este sujeto embrutecido por los márgenes civilizatorios, la familia, en cambio, “[...] lo integraba en la comunidad, lo convertía en un ciudadano virtuoso implicado en el bien estar de la patria”

(Peyrou 2011: 154). En casos extremos como el de “Las medias rojas” la posibilidad migratoria, con el pasado americano a cuestas, no dejaba de ser una amenaza para la realización de un ideal familiar cuya modernización de género era urgente —una preocupación de la autora, sin duda—, pero bien delimitada por la esencia del capitalismo burgués que recupera a la familia como bienpreciado, aunque desde una nueva versión de agencia y consumo que no falle al liberalismo conservador.

En “Saletita” (1898), en cambio, también de Pardo Bazán, el indiano rico pero viejo y enfermo reitera ese mensaje conservador de la autora; su apuesta por un detenimiento a los movimientos humanos, aunque este, como en el caso anterior, conlleve una crítica al monstruo rural del patriarcado. En todo caso, la idea de familia antes descrita vuelve a estar en el fondo de un objetivo elitista desde el punto de vista autoral, aunque este modelo, si es que se ligaba a la realidad económica de la España rural, entrara en conflicto desde el curioso poder masculino de la indianidad. Así, en este relato es una madre la que promueve el intercambio de su hija de 19 años por la riqueza del indiano. A ella lo que le acontece es que ha trabajado toda la vida sin mucho éxito ni riqueza y el antiguo novio migrado, al que ella rechazó por ser pobre antes de la partida, retorna con ese brillante capital circulante. De ahí que ella primero cavile ofrecerse para después descubrir que será mucho más efectivo ofrecer otra mercancía, una ineludible: su propia hija. La maestría del relato de Pardo Bazán está en la revelación de las intenciones de la hija, quien ya había llegado a la misma conclusión mucho antes que la madre. Debió ser dura la vida en la provincia gallega a finales del XIX, sobre todo con todas esas brillantes riquezas de la vida burguesa que la misma literatura de folletín mostraba, aunque no para todos y todas. Y sí el fin último era una noción “democrática” de familia, que iniciaba con la unión de un hombre y una mujer, claro está, “[...] tenía que estar motivad[a] por la ‘inclinación’ y no por el ‘interés’. Era necesario poner en un primer plano el amor, el mérito y la virtud frente a la ‘lógica de la sangre y la fortuna’”. De hecho, “[...] un casamiento ‘fundado bajo tales auspicios’, en el que no había ‘más que un lazo material’, llevaba consigo ‘el germen de su corrupción y disolución’” (Morant/Bolufer, citado en Peyrou 2011: 155). De ahí, entonces, la irrisoria parodia de Pardo Bazán ante la amenaza de un retorno a los matrimonios por intercambio comercial en un proceso conflictivo de la asimilación indiana.

Ahora bien, por otra parte, en la línea modernizadora que privilegia la fabricación de lo individual y lo familiar en su versión española, la novela

se erige como artefacto notable para solucionar la tensión primordial del XIX español, que es la de género, como hemos venido observando. Y si bien una nutridísima crítica académica y literaria lo ha visto y estudiado en las grandes novelas realistas en términos de la mujer y lo femenino (Labanyi 2000; Kirkpatrick 2003; Levine 2004); otras menos lo han abordado desde ensayos acerca de las figuras de masculinidad, que en Pérez Galdós, como caso destacado, acometen notorias desviaciones, más o menos normativas o caricaturizadas.⁶ En todo caso, a este respecto también ha habido un notorio silencio en términos de lo masculinizante indiano como un pliegue que une la tensión de género con la de la negada pero opresiva conciencia imperial, y a su vez con el problema del atraso económico y social de la España en crisis. Si miramos la lógica masculina moderna como una de contención y negación, de performance como bien han insistido los estudios de género tras la irrupción butleriana, es que una actuación como proceso conjunto de ocultamiento nos parece más que lógica.

Hablando entonces de la novela, finalmente, y en cuanto a presencias masculinas —o masculinizantes— en el seno del impulso nacional y su alta literatura con presencias indianas, *Tormento* (1884) de Pérez Galdós y *La Regenta* (1884 y 1885) son los mejores ejemplos en un extremo y otro del proyecto moderno.

Las representaciones finales del indiano en dos de las grandes novelas del realismo español lo que hacen es presentarlo, y dentro del proceso de degradación de esta figura al que hemos asistido, como un problema en sí, difícilmente capaz de armonizar con el ideal liberal-democrático que se venía gestando en una diversidad de manuales, tratados y textos legales y políticos. En estos, y como bien resume Peyrou, si la “desigualdad” natural era aceptada, aunque dentro de los lindes de una confusión ideológica, dentro de los modelos de masculinidad y feminidad, “[e]l hombre era el ciudadano que se definía idealmente como individuo autónomo, dueño de su razón, de su voluntad y de su destino, libre y digno, buen trabajador, participativo y vigilante, implicado en la vida pública y dispuesto en todo momento a tomar las armas por la patria y por la libertad” (Peyrou 2011: 157). Este hombre, caballero insigne de una democracia conservadora española, no podía ser ni Frutos Redondo ni Agustín Caballero, a pesar de su flagrante autonomía, sobre todo económica. Veremos por qué.

6 Queremos destacar los trabajos de Eva Copeland (2007) y Collin McKinney (2010, 2012), quienes también publican en el presente volumen.

Entrando brevemente en la novela de Clarín, como es más que sabido, se trata de una obra compleja, en dos tomos (1884 y 1885), que es la primera del autor. Este ya se había ganado un lugar en la cultura española como crítico literario y ensayista sobre literatura. Para muchos es la gran novela española del XIX, por encima de las de Pérez Galdós. Sanz Villanueva nos recuerda cómo es que Clarín inventa una ciudad, Vetusta –caricatura de Oviedo–, que funciona a su vez como símbolo de la vulgaridad, la incultura y el fariseísmo (Sanz Villanueva s.a.: s.p.); es decir, la hipocresía moral, religiosa y de los valores que aún se imponían como válidos en términos de una idea política de la vida. En pocas palabras, la máxima obra del XIX es una radiografía ‘paródica’ de la época en la que el indiano tiene una mayor incidencia. De ahí que Clarín presente en *La Regenta* a Frutos Redondo, el primer millonario de Vetusta, que había hecho su fortuna en Matanzas, Cuba. Un indiano exitoso, vamos, pero que, de entrada, contradice el ideal ciudadano del caballero democrático.

En este fresco de lo rural, Ana Ozores, la protagonista, es un personaje aquejado de esa patología del espíritu que se conoce ya como bovarismo: un estado total de insatisfacción; un choque entre lo soñado y lo esperado –con bríos siempre desproporcionados, ‘poco realistas’– frente a una realidad que, precisamente, los echa constantemente abajo. Ana encarna, pues, lo ideal que choca frente a la sociedad hipócrita. Esto dentro de un argumento casi de folletín, pero cargado de la noción novelesca de Clarín, vista esta como instancia capaz de transformar la realidad (Sanz Villanueva s.a.: s.p.). Con estas fuerzas en tensión se construye un retrato áspidamente irónico de la vida provinciana española, ceñida a sus clases dirigentes, en tiempos de la Restauración finisecular.

Pero la cuestión problemática para nuestro punto de vista es que la versión masculina de lo indiano vuelve a quedar en un plano no solo secundario, sino abiertamente ligado a lo peor de la supuesta realidad que el ejercicio realista-naturalista presenta bajo un tamiz moral pasado por las negociaciones liberales. Es por ello que contiene todos los temas fundamentales del tiempo: adulterio, la cuestión femenina, la educación, la religión, la política, la familia... y la indianidad retornada, claro, dentro de una visión científica del arte de novelar como instancia pedagógica y transformadora en donde los retornados vuelven a quedar bastante mal parados.

Frutos Redondo representa al indiano rico y ostentoso que vuelve de Matanzas y hace notar sus bienes y poder. Como sujeto movido solo por la energía del capital, ya que en este caso no hay ni nostalgia por la tierra

recuperada ni destellos de amor a una patria ya imposible, vive de hacer notar sus riquezas, estando entre sus planes comprar a una asturiana joven y hermosa; la mejor. Y esta es, claro está, Ana Ozores. A ella, con ese doble estar en el mundo a medio camino entre la sublimación de lo folletinesco y la dispareja vida provinciana, el indiano la horroriza. Le parece un nuevo rico que está comprendido entre los “fatuos, burdos y grotescos” (Clarín 2016 [1885]: 131). Y que además es habitante de un barrio que representa el mal gusto ostentoso: “La Colonia”. Ana Ozores es una valiosa mercancía de Vetusta, cuyo valor de uso y cambio está cifrado en una suerte colectividad social, ya que todos reconocen y alimentan su belleza, y la integran como uno de los bienes más preciados de la ciudad, junto a la catedral. Ana, desde la óptica de sus tías, es un gran negocio; una mercancía de enorme valor: “Para doña Águeda la belleza de Ana era uno de sus mejores embutidos; estaba orgullosa de aquella cara, como pudiera estarlo de una morcilla” (Clarín 2016 [1885]: 118). La cosa va, pues, de una novela que aparenta tratar sobre el amor y sus instituciones, pero que en verdad habla de la condición de mercancía de la pasión y su lógica en un mundo en donde prima lo económico a pesar de las elucubraciones modernizantes de la inteligencia democrática, más allá de los mundos ensoñadores o las brillantes promesas de la modernidad burguesa.

Frutos Redondo fracasa en su intento de compra de Ana Ozores, a pesar de que las tías la empujan a la transacción. Pero es que al indiano lo que le enamora, más que la belleza de Ana es su plusvalía: el hecho de que todo el valor del pueblo, en cuanto a las horas de trabajo identario, estuviera vertido en ella. Ella, sin embargo, falla a favor del amor y el ideal liberal-burgués según el cual la libertad individual radicaba en una nueva versión de la familia, producto ésta del matrimonio por amor. Como es sabido, y ahí es en donde Clarín revela su modernidad novelesca, la dura lógica del capital acaba con ella. El negocio falla, pues, y el indiano, con todo y sus afecciones masculinizantes, es puesto en su lugar. Frente al ideal del caballero democrático español, Frutos Redondo es una terrible caricatura que habla, viste y se adorna como todo aquello que el caballero democrático español no debe ser.

En *Tormento*, por otra parte, la presencia del indiano no deja de cumplir con esa lógica entre comercial y alienante —como no-persona en sí misma, en términos marxistas—, si bien la hondura del personaje muestra una riqueza moral y psicológica un tanto más enrevesada. Como es sabido, se trata de una novela de Pérez Galdós de las que abren el ciclo de las “No-

velas españolas contemporáneas”, compartiendo personajes con *El doctor Centeno* (1883), que la precede, y la novela posterior, *La de Bringas* (1884), en una suerte de trilogía. En todo caso, las tres se desarrollan en lo que ha llegado a conocerse como el Madrid galdosiano, de ahí su importancia en cuanto a un torniquete entre costumbrismo y modernización, cuestión que, sin duda, preocupaba al célebre canario.

La trama de la novela transcurre en Madrid durante los meses finales de 1867 y los primeros de 1868, dentro del ya mencionado Sexenio Democrático; pero más allá de un Madrid que ilusionó a Pérez Galdós en sus propias aspiraciones políticas y sociales, *Tormento* se mueve dentro de un universo paródico que nuevamente tiene al folletín como trasfondo, pero contraponiendo su lógica contra un trío casi ridículo en sus aspiraciones folletinescas en sí. Y en este acertado juego, que dice mucho acerca de las intenciones de una burguesía que sin embargo es incapaz de serlo, la joven huérfana, Amparo Sánchez –alias “Tormento”– vive entre los lindes de la pobreza digna –y moral–, el asedio de un falso sacerdote, Pedro Polo Cortés, y el indiano que la salva. Este puede hacerlo porque ha sido redimido, a pesar de su blandura como caballero de una nueva democracia y lo gris que resulta como presencia que carga a costas con el problemático pasado colonial. De ahí el exilio final, acaso.

La novela así contada no dice mucho, y no porque no estemos haciendo referencia a su argumento, que a los efectos que aquí interesan importa poco, sino porque es el personaje de Rosalía Pipaón, “la de Bringas” por ser esposa del modesto empleado Francisco de Bringas, la que otorga mayor sustancia al papel constructor de ‘lo real’ que debe ser la novela de su tiempo. Ella, sobre todo, pero el marido así arrastrado, representan a la incómoda burguesía en asenso, pero que lo hace, precisamente, escalando en un juego cruel de engaños, actuaciones y movimientos planeados que chocan directamente con las armónicas descripciones de una masculinidad que como cabeza de España ha de superar los problemas del “dandy” y del señorito (Ortiz 1991). Lo que está de fondo, una vez más, es la nueva economía circulante.

En términos de literatura popular, la de Bringas es la fémina malvada que ofrece a sus hijas al rico indiano, aunque en términos de mercado, se trata, más bien, de una adelantada comerciante que bien sabe de los valores de compra, venta y cambio. Desde el punto de vista de lectura de Tsuchiya, en las novelas del realismo y naturalismo abundan “mujeres desviadas” (prostitutas, adúlteras, madres solteras, mujeres seducidas...) y

prácticamente no hay mujeres ‘normales’ situadas en el ideal femenino de la burguesía... Por su parte, las figuras masculinas “desviadas” “[...] who pose a challenge to the heterosexual masculinity – ‘effeminate’ or emasculated men, or those who embody otherwise conflictive and conflicted masculinities – represent the counterpart of deviant female subjectivity” (Tsuchiya 2011: 113). De ahí, claro, que Casaldueiro ya viera en un estudio clásico sobre la novela una alegoría de España en la figura de Amparo, arrastrada a lo indigno y mísero por el falso sacerdote, pero salvada antes por el humilde Agustín (1951: 96), quien termina conciliando energías difíciles de armonizar: el bien hacer y el dinero. Esta es la epifanía de la novela, más allá del linde irónico desde el cual el autor se camufla. Es que, a pesar de todo, y de su apellido, Agustín sería incapaz de implicarse en la “vida pública” española, así también de pelear por la libertad y la patria. Estas son cuestiones propias de un nuevo caballero español. En este movimiento, el indiano Agustín, a pesar de su hombría americana, es poco a poco arrastrado hacia un espacio que por inoperativo resulta femenino, ahí en donde

[i]n undermining established boundaries of gender and genre, Felski claims, the ‘feminized male’ became an ‘emblem of the contemporary crisis of values and the much proclaimed decadence of modern life. Masculinity, it seemed, could no longer be taken for granted as a stable, unitary, and self-evident reality’ (Felski, citado en Tsuchiya 2011: 112-113).

En la idea del indiano en Pérez Galdós, parece ser que este está imposibilitado para la ejemplaridad por su propio pasado. Esto, sin embargo, no deja de ser paradójico y entra francamente en conflicto.

McKinney, por su parte, contrapone a Agustín Caballero con el narcisista “elegante” de la época. Para ello cita una escena de la novela en la que este personaje habla de la masculinidad y el arreglo, ya que tras un paseo en caballo, al llegar a casa de sus primos, Rosalía quiere arreglarle la corbata: “¡Ay, qué desgarrado eres! Si te dejases gobernar, qué pronto serías otro” (Pérez Galdós, citado en McKinney 2001: 86). Él, que es un hombre que no se deja gobernar, “[...] brushes aside her concern about his appearance, which he disparages as mere ‘melindres’. He goes on to explain that he has gone fifteen years without bothering to look in a mirror” (Pérez Galdós en McKinney 2001: 86). Para McKinney el narrador aprovecha para exponer con detalle el rechazo del protocolo por parte de Caballero, así como de los “social wanabees”, preocupados peligrosamente

por su apariencia; “Caballero, con muy buen sentido, había comprendido que era peor afectar lo que no tenía que presentarse tal cual era a las vulgares apreciaciones de la afeminada sociedad en que vivía” (Pérez Galdós en McKinney 2001: 86). De ahí que McKinney reflexione acerca de que

[i]mplied in these statements, particularly in his use of the adjective “afeminada”, is the belief that fashion (and by extension anyone unduly concerned with being seen) falls outside of the proper domain of men. Fashionable or image-conscious men arouse suspicion because they appear to transgress the limits of ‘appropriate’ male behavior (McKinney 2001: 86).

Sea uno u otro el punto de vista, si pensamos en la efectividad que como caballero de una nueva democracia le es negada, Agustín parece deslizarse hacia un espacio un tanto más allá de la feminización como crisis o la masculinidad sin adornos. Sería algo así como una categoría desviada, que aunque sexuada manifiesta un género ambiguo y hasta estéril en ocasiones. En la sociedad de la diferencia sexual esta indefinición resulta amenazante, peligrosa. Dentro de los modelos vigentes de masculinidad, todavía muy ligados al pasado imperial, como el del colonizador, el soldado, el explorador, el don Juan, el señorito, el elegante... el indiano resulta aséptico y chocante al mismo tiempo. Esto lo imposibilita para las labores familiares y profesionales a menos que logre pasar el límite que separa a la mercancía del dueño-comerciante.

Por ello, desde la lectura de McKinney acerca de la función a la vez empoderante y delimitadora del traje negro como prenda institucional de la masculinidad hegemónica española, acaso encontramos un pliegue liberador. El indiano puede llegar a ser persona si es que viste el traje del caballero. Con esto adquiere una forma de dignidad moderna, capaz incluso de salvar a España, borrando su propio exotismo y contaminación racial. Finalmente, en una superposición: “poderoso caballero es don Dinero” e “indiano caballero es...”. Agustín Caballero, después de todo, sabe algo de esos poderes comerciales, de ahí que lo diga en “voz alta”: “Las relaciones entre las personas son aquí dulces y fáciles. Se ven mujeres bonitas, graciosas y finas por todas partes. Donde tanto abunda el género (perdóneme usted este vocablo comercial), fácil es encontrar lo bueno” (Pérez Galdós 2007: 207).

Referencias bibliográficas

- ARCHILÉS, Ferran (2006): “La novela y la nación en la literatura española de la Restauración: región y provincia en el imaginario nacional”. En: Forcadell, Carlos/Cruz, María (eds.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” (Colección Actas), pp. 161-190.
- BLANCO, Alda (2012): *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*. València: Universitat de València (PUV).
- BOLUFER, Mónica (2006): *Mujeres y modernización: estrategias culturales y prácticas sociales (siglos XVIII-XX)*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- CARTAGENA, José R. (2008): *Masculinidades en obras. El drama de la hombría en la España Imperial*. Newark: Juan de la Cuesta.
- CASALDUERO, Joaquín (1951): *Vida y obra de Galdós*. Madrid: Gredos.
- CLARÍN (Leopoldo Alas) (1989): *Narraciones breves*. Barcelona: Anthropos.
- (2016 [1885]): *La Regenta*. Madrid: Red.
- COFFEY, Mary L. (2007): “El costumbrismo decimonónico y la ansiedad colonial, o cómo representar la pérdida de un imperio”. En: Civil, Pierre/Crémoux, Françoise (eds.): *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: nuevos caminos del hispanismo*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert, CD-ROM.
- CONNELL, R. W. (1995): *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- COPELAND, Eva (2007): “Galdós’s *El amigo Manso*: Masculinity, Respectability, and Bourgeois Culture”. En: *Romance Quarterly*, vol. LIV, n° 2, pp. 109-133.
- GRACIA, Ignacio (2010): “El tabaquero Antonio Quirós y otros indianos literarios”. En: <<http://www.lne.es/siglo-xxi/2010/06/02/tabaquero-antonio-quiros-indianos-literarios/922512.html>> (01.05.2016).
- KIRKPATRICK, Susan (2003): *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Madrid: Cátedra.
- LABANYI, Jo (2000): *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*. Oxford: Oxford University Press.
- LAQUEUR, Thomas (1994): *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- LEVINE, Philippa (ed.) (2004): *Gender and Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- MARX, Karl (1964): *Capital: A Critique of Political Economy*. London: Lawrence & Wishart.
- McKINNEY, Collin (2010): *Mapping the Social Body: Urbanisation, the Gaze, and the Novels of Galdós*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- (2012): “Men in Black: Fashioning Masculinity in Nineteenth-Century Spain”. En: *Letras Hispánicas*, vol. VIII, n° 2, pp. 78-93.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2015): *Las patrias ausentes: estudio sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)*. Madrid: Genuve.
- ORTIZ, Gloria (1991): *The Dandy and the Señorito: Eros and Social Class in the Nineteenth-Century Novel*. New York: Garland.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1973 [1911]): *Obras Completas III*. Ed. H.L. Kirby. Madrid: Aguilar.

- PÉREZ GALDÓS, Benito (2007): *Tormento*. Eds. Barjau, Teresa/Parellada, Joaquim. Barcelona: Cátedra.
- PEYROU, Florencia (2011): "Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino". En: *Historia y política*, nº 25, pp. 149-174.
- SANZ VILLANUEVA, Santos: "La Regenta. Leopoldo Alas/1884-1885/Novela realista/España". En: *El Mundo*. Esfera de los libros. Crítica de libros. <<http://www.elmundo.es/esfera/ficha.html?27/esf924260940>> (01.04.2016).
- SCHMIDT-NOWARA, Christopher (2006): *The Conquest of History. Spanish Colonialism and National Histories in the nineteenth century*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- SCOTT, Joan (1990): "El género, una categoría útil para el análisis histórico". En: Amelang, James/Nash, Mary (eds.): *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnanim/IVEI.
- TAJES, María P. (2006): *El cuerpo de la emigración y la emigración del cuerpo. Desarraigo y negociación de identidad en la literatura de la emigración española*. Bern: Peter Lang.
- TSUCHIYA, Akiko (2011): *Marginal Subjects: Gender and Deviance in Fin-de-siècle Spain*. Toronto: University of Toronto Press.
- UCELAY, Margarita (1951): *Los españoles pintados por sí mismos, 1843-1844. Estudio de un género costumbrista*. México, D.F.: El Colegio de México.